

sobre la herencia, y probó
el tal que era vuestro nieto.
Entrasteis con él al Arca,
y hubo grandes cumplimientos
en la puerta, y por mayor
entrasteis vos el primero.

Bastarán, probablemente, estas citaciones para dar idea, aunque lijera, de la vena satírica de Caviedes. Todo el genio del señor de la Torre de Juan Abad no habría bastado para inspirarle la sátira al matrimonio; y sin Juvenal y Horacio el Parnaso de la lengua española no contaría, entre sus mejores, esta composición admirable, ni tampoco algunas de los hermanos Argensola. Pudiérase creer, por quien solo conozca á Caviedes por los muestras dadas, que estas comparaciones con tan graves autores son impropias; pero restábanos mostrarle por un aspecto que tal vez sorprenderá —por el aspecto serio y filosófico. ¿De dónde había sacado esa filosofía? Había bebido en la misma fuente que el Fíguro de Beaumarchais— en la de la adversidad. La pintura de los mentidos devotos, copiada más arriba, puede considerarse, si no nos engañamos, como una lección de moralidad social. Y no solo tuvo el sentimiento de lo honesto y de la sana piedad, sino también el valor de manifestar aquello en que los abusos reinantes, en su época, ofendían á las verdaderas virtudes. En un diálogo entre una vieja y un niño, con motivo de una procesión, hemos hallado trozos admirables de la más pura crítica. Y nada menos que contra la vanidad de los ricos y el interés del clero se dirigen los versos á que nos referimos. Hablando de la solemnidad ostentosa con que se hacían algunos entierros durante la noche, dice la anciana:

De los entierros nocturnos
la gran fantasía observa,
porque á todas luces luzca
de vanidad la quimera.
Que diz, que en el purgatorio,
también se alivian de penas
las almas de este país
con aparentes exequias.
Gentil alivio, por cierto!
Encender al humo hoguera
haciendo efectivas llamas
de Dios juzgándola acepta;

como si ante la infalible
Verdad de infinita ciencia,
vanos desvanecimientos
dignos holocaustos fueran!

Un metro más noble que el romance, la asistencia del consonante, que tanto brillo da á la poesía, y la ausencia del retruécano, prestarían á los pensamientos de Caviedes la dignidad y elevación que, al escribirlos, tenían en su cabeza. Faltóle nada más que la maestría aprendida del pincel, que la idea estaba clara y bien impresa en su razón. Pero el poeta de la Ribera carecía de cultura y de estudios; y esto mismo le salvó en una época en que la hinchazón y el mal gusto afeaban, hasta la monstruosidad, cuanto producía el indisputable talento de los americanos. Degradados por la servidumbre civil ante el Virrey, por la superstición ante los sacerdotes, por la vanidad ante el lujo pueril y de ordenanza en las exequias de los reyes, en la exaltación de estos al trono, en las entradas de duques, marqueses, guerreros y validos que venían á ocupar el palacio de Pizarro, estaban también aprisionados en la mente por los hierros del culteranismo. Lucano y Góngora eran de preferencia citados por los literatos, hasta en las oraciones fúnebres, y cuanto mayor era en éstos la presunción de hombres de escuela y de lectura vasta, cuanto más cerca se hallaban por sus empleos ó familia de la aristocracia áulica, mayor era el fervor, el delirio con que seguían las extravagancias de la escuela cuya doctrina expuso Graciano. Caviedes, con admiración nuestra y en prueba de la buena índole de su juicio, escapó más que ninguno de sus contemporáneos á la peste de los retruécanos y de la erudición traída por los cabellos. Todo su libro dá de esto testimonio; pero queremos corroborarlo con un hecho.

Quando el Virrey don Melchor de Portocarrero, conde de la Monclova, entró en 1689 á gobernar el Perú, la Universidad de San Marcos le hizo los honores académicos que, en tales casos, eran de costumbre. Aquel ilustre cuerpo confió la oración panegírica á su catedrático de Prima de leyes doctor don Diego Montero del Aguila, y éste, en un arranque ciceroniano, dijo que Melchor significaba *Corazón de Lima*.

En este género de solemnidades bajaban á la arena de un certamen los poetas más acreditados del momento, debiendo ejercitar sus fuerzas en elogiar, simbólicamente, las virtudes y

acciones recomendables del Virrey entrante. Caviedes fué uno de aquellos, en la ocasión á que nos referimos, y tuvo la discreción de escojer un asunto humilde, pero que siendo adecuado á su genio lo desempeñó con suma propiedad. Dos mendigos célebres á la sazón en Lima, el Portugués y Bachan—*capitanes del pobrismo*—discurrieron, á la puerta de una iglesia, sobre la carestía pasada y la abundancia atribuida á las medidas dictadas por el nuevo mandatario. Tanto el uno como el otro pintan, con palabras sencillas pero agudas y bien traídas, la codicia de los abastecedores y la mala calidad de los alimentos que proporcionan al pueblo. El Portugués dice hablando de los obligados de la carne, que

..... con desmesura
de regatona fiereza
hacían la carne usura,
y el pecado de flaqueza
nos vendían por gordura.

Y entrando después á elojiar al que ponía remedio á tantos males, continúa así el diálogo:

Por cantidad los quebrantos
socorre al pueblo importuno,
que es un santo—Aquí hizo espantos
el Portugués, y dijo:—¿Uno?
Por santos es el primero
día del cercano mes,
y áun otros le considero
si en rigor con santos es
más Santos que el mantequero.

Para comprender bien todo el alcance de esta quintilla se hace preciso indicar que el individuo que suministraba al pueblo manteca, para el consumo de las cocinas, se apellidaba Santos. Y continúa el elogio.

El cielo permita que uno
de la iglesia llegue á ser,
que no está mal á ninguno;
pues santo que hace comer
no traerá día de ayuno.

Qué diferencia entre la aguda sencillez de este juguete del ingenio de un hombre humilde, sin más maestro que el sentido

común, y los alambicados conceptos y anagramas sacados á tenaza de la educada cabeza del catedrático de Prima! Quién hubiera dicho á la vana ostentación de las borlas doctorales y de la toga magistral, que el oscuro decidor, el versificador chabacano había de sobrevivirle! Lo cierto es que, al abrir alguna mano amiga de antiguallas el apergaminado in folio en que se describe el dicho certámen universitario, tendrá por recompensa un rato de buen humor, y que éste se lo proporcionarán el orador gerundiano con sus despropósitos, y el poeta Caviedes con sus discretas quintillas, que parecen escritas hoy, en un momento de feliz inspiración.

En el manuscrito de Caviedes hay afectos de una alma contrita, expresados en lenguaje digno del sentimiento que los inspira. Imitando una composición muy conocida en la literatura española, se lamenta así *sobre la vida en pecado*.

Nace la flor lucida,
ya rubí, ya esmeralda engrandecida,
y al ver su color roja
por dar á su Autor gracias se deshoja:
y yo con libertad, en tanta calma,
nunca, Señor, os he ofrecido el alma.

Nace el bruto espantoso,
de riza crin de cerdas mar undoso,
y al mirarse de todos respetado
venera siempre á Aquel que lo ha creado:
solo yo, con terrible desvarío,
nunca os postré, Señor, el albedrío.

Nace el soberbio monte
cuya alteza registra el horizonte,
y en la tosca belleza
ensalza más á Dios en su rudeza;
y yo con libertad en santa calma
nunca, Señor, os he ofrecido el alma.

Estos son los cantos del cisne. El poeta no ríe ya sino que llora, y se prepara á morir en el siglo XVII en que había vivido.

(Buenos Aires—1870).

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

